

Resabios y sinsabores



Jaime Augusto Shelley

NOS HALLAMOS EN TIEMPOS CRUCIALES gracias a las contrarreformas que la oligarquía (nacional y trasnacional) impone a nuestro país —para su mera sobrevivencia política y económica— y que lo fuerzan a la regresión, a su condición de colonia (que se vio plasmada en el mensaje de Peña Nieto el 2 de septiembre: el virrey y ese pequeño grupo de *notables* informando, por televisión, las instrucciones recibidas desde la Metrópoli).

El México de *a mentiritas*, lejos, muy lejos del México verdadero, el que pasa sus días amenazado por el hambre, el desempleo, la violencia y la inseguridad en todos los órdenes.

Los actos autoritarios del gobierno son, de hecho, actos de miedo y debilidad. Con qué cara puede salir un gobernante al balcón y gritar: ¡Vivan los héroes que nos dieron Patria!

Se apuesta a la desmemoria y a la mentira sistemática. Se apuesta a que ese veinte por ciento de la población, que llaman clase media, que tiene auto, casa y envía a sus hijos a la universidad, que son la base de su dominación

económica y social, sus empleados, en pocas palabras, les aplaudirán y creerán que sí, que habrá mejorías para todos, gracias a la globalización, hasta que un día, sin más, sean despedidos por recortes presupuestales. Lo que le pasa a uno, le puede pasar a cualquiera, ¿no es cierto? Pero no, se sigue viviendo en la cerrazón del individualismo, al margen de lo que sucede allá fuera. Y el allá fuera está poblado de seres como yo, deseosos de vivir una existencia plena. Y sí, igualmente desmemoriados y engañados. ¿Por cuánto tiempo?

He sido maestro por más de cincuenta años. Muchas de las veces, los cursos se llevaban a cabo en mi casa, sin pago alguno. Cuando se trataba de instituciones, el pago ha sido por honorarios, sin prestación alguna. La única que ha asumido sus obligaciones es la UNAM, en donde se me reconocen 22 años de antigüedad. Si me jubilara ahora, recibiría ¡un salario mínimo! como pensión, dado que soy maestro por horas, y son pocas.

Es obvio que mi trabajo no ha sido nunca con fines de lucro, ni creo que muchos maestros lo hagan con ese fin. Un número considerable de catedráticos son gente de gran relevancia en su profesión y tienen que distraer su tiempo para impartir clases, en deterioro de sus propios intereses. Ser maestro es una vocación de vieja tradición y es (y debe ser) respetada y honrada por la sociedad.

Si un joven es admitido en una Escuela Normal y estudia por una cantidad de años (ignoro cuántos), y recibe un certificado que lo acredita como maestro, ¿por qué ahora se pone en duda su capacidad? Se debería, entonces, poner en duda la capacidad de la institución que lo echó al mercado sin la preparación debida, no al graduado. ¿Y quién juzga lo que se cree conveniente?



Fotografías: Alejandro Arteaga



Las cosas no son claras, ni están bien pensadas. Son, en realidad, mentiras, urdidas y aprobadas como leyes, de prisa y para satisfacer intereses, bastardos o comerciales, como quieran llamarles, con directrices que provienen del extranjero neoliberal que busca desfondar el sistema bastante imperfecto, es cierto, pero gratuito y laico de educación en nuestro país. Es claro que se trata de inducir a un sistema de paga y, en nuestro caso, de carácter confesional. Porque las escuelas son un gran negocio, cumplan o no, con los requisitos mínimos de calidad. Les pagan poco a los maestros (sin prestaciones) y les cobran mucho a los alumnos.

Durante meses se ha estado barajando en forma de chismes, filtraciones y declaraciones enfáticas, la situación crítica de PEMEX y la necesidad de “modernizarlo”. En el mismo talante han emergido las voces que claman defender el petróleo que es de la Nación y que se pretende privatizar. Ese ha sido un asunto en el que todos creen tener derecho a opinar. Y así lo han hecho, para regocijo de los ladrones de cuello blanco que escuchan los desatinos de unos y otros.

El petróleo, o más bien, la industria petrolera, nunca ha sido patrimonio del pueblo, sino del gobierno en turno.

Al principio, luego de la nacionalización, era más bien modesta la producción, como lo era también la demanda, hasta el hallazgo y explotación de la Sonda de Campeche, con yacimientos de una riqueza incommensurable.

El presidente Echeverría tuvo conocimiento del hallazgo (hecho por cierto por una compañía de la que eran socios los Bush y el ingeniero Serrano, que se encargaron, asimismo, de las plataformas, con muy buenas ganancias, suponemos). El regalito le cayó en las manos a López Portillo que, como todos sabemos, enloqueció, y entre líos de faldas, regalos suntuosos a sus concubinas y otras distracciones, cayó en los juegos de los gringos y comprometió, con créditos de miles de millones de dólares, la extracción del producto (dio, como garantía, un pago en especie).

Y allí empezó la danza de los billones.

La mejor característica que tenía PEMEX era que se trataba de una industria integrada, del proceso de exploración a la venta al consumidor, lo cual la hacía extraordinariamente eficiente y económica. La más alta productividad a nivel internacional. No ha habido nunca una igual. Las empresas líderes en el

mercado son depredadoras por naturaleza, y usan una gran cantidad de ardidés para no pagar impuestos y servicios, de manera que tienen divididas sus empresas por países, por especialidad o por inversiones. Así se encuentra usted la Chevron de Texas, por ejemplo, que en apariencia no tiene nada que ver con la empresa, del mismo nombre en Ecuador o Arabia Saudita. Se manejan contablemente de forma independiente, tienen contratos por separado, etc. Pero a final de cuentas tienen los mismos dueños. No se sabe con certeza cuánto petróleo extrae, ni en qué lugares, cuánto compra y dónde lo vende, cuál es su nivel de refinación, ni en qué lugares. Son unos verdaderos buitres.

Y ahora resulta que PEMEX está desintegrado. Nos hablan de veintitantas empresas (pueden ser más) que existen funcionando en el país y en el mundo. Cuando la riqueza llegó, con Cantarell, supe que existía un ente llamado PMI, (entendemos que quiere decir: Petróleos Mexicanos Internacional), cuya misión —por supuesto, en Amsterdam— era vender, *bajita la mano*, en el mercado *spot*, ciertos barcos que salían cargados, de Campeche, en embarcaciones de bandera panameña u otra cualquiera y ofrecían en efectivo su carga, al mejor postor. Esos barcos salían a diario. Y no dejaban constancia de ningún tipo. El mecanismo era (¿es?) sencillo. En la Sonda, los barcos cargan directamente de una boya que es alimentada desde la plataforma. No hay un sistema para medir la cantidad que se carga salvo un papelito que el encargado recibe y en el cual se asienta que el barco tiene capacidad de cien toneladas, o doscientas. Y ya.

Lo que nos lleva a la vieja práctica de la Standard Oil, en la llamada Franja de Oro, en el litoral de Veracruz y Tamaulipas, los grandes yacimientos que

fueron chupados hasta la última gota por las empresas extranjeras que, por no querer pagar la ridícula suma que el gobierno mexicano les pedía como derecho de exportación, elaboraron un sistema de tripas, desde los pozos hasta la playa, donde un barco cargaba el petróleo. Los jornaleros que se echaron al lomo la ardua tarea cobraban un peso diario (tengo las fotografías).

Hace unas semanas, leí una notita pequeña en un periódico, que decía: “Gasoductos de Chihuahua, empresa filial de PEMEX, abrió la licitación de los contratos para la construcción de bla, bla, bla”. Ese desmembramiento me da un tufo de negocio sucio. Ya no es PEMEX sino una empresa filial, lo que quiere decir que en cualquier momento ese ente puede desligarse de cualquier compromiso y convertirse en algo privado, sólo mediante un papelito.

Cuando se hable de PEMEX, por favor, que primero se hable de una revisión exhaustiva de su estructura —la real—; de sus finanzas —las verdaderas—; de sus negocios en el extranjero. Y que se finquen responsabilidades. Luego, si gustan, hagan su venta de *garage*, al menos así sabremos lo que perderemos como nación

Y es que, hay que recordar, se habla de una producción de petróleo que declina, y “pronto nos convertiríamos en importadores de crudo”. Ajá. O sea, el petate del muerto.

¿Cuándo nos vamos a enterar del maravilloso “nuevo” hallazgo (hecho por una transnacional, por supuesto) de un gran yacimiento?

Esta, como las demás contrarreformas en camino, no requiere de declaraciones falsas y pomposas, sino de preguntas inteligentes y de respuestas puntuales y exactas.

Basta de trampas y colusiones. 